

Al admirado y muy querido Mario Vázquez, en su Casa del Museo: lugar sagrado de las diosas de la memoria

Cristina Antúnez*



El equipo de la Casa del Museo **Fotografía** © Cortesía del Museo Nacional de Antropología, Gliserio Castañeda

AGRADECIMIENTO

Grato privilegio resulta la invitación para participar en este merecido homenaje y contar algunas de las experiencias y anécdotas vividas en La Casa del Museo, que fue una extensión del Museo Nacional de Antropología. Este proyecto experimental fue ideado por allá de 1972 gracias a la sensibilidad artística y social del genial Mario Vázquez, luego de una mesa redonda celebrada en Santiago de Chile, en la que se discutió “la función social de los museos”.¹ Agradezco que nuestra *alma mater* le rinda tan merecido reconocimiento, con un número especial de *GACETA DE MUSEOS* dedicado a la labor profesional de nuestro querido y talentoso maestro Mario Vázquez Rubalcava, y que este homenaje le proporcione una grata satisfacción por haber dejado tan profunda

huella en el ámbito de la museología, en el que sus aciertos resultaron fundamentales para establecer una nueva relación entre el museo y su público, así como un consecuente discurso museográfico, en el que siempre estuvieron presentes los profundos lazos que mantuvo con la danza, el teatro, la música, la literatura y el cine, que hasta el día de hoy le son de intenso disfrute.

ANTECEDENTES QUE RELACIONAN MI ENTRADA EN ESCENA

Corría el mes de agosto de 1976 cuando, con sólo 18 años y una suerte inusitada, conocí a don Mario Vázquez, el extraordinario y para mí único museógrafo, el ideólogo de la nueva museología social, el amigo y mentor, el jefe sabio, sencillo y sensible, quien de una manera por demás original

me dio acogida en la Sección de Museografía del imponente y recién estrenado Museo Nacional de Antropología.

Con el paso del tiempo la relación llena de admiración, respeto y cariño se fue formalizando en una gran amistad que hasta el día de hoy permanece y de la que me siento muy privilegiada. No es sólo por tanto cariño acumulado y bien estructurado, sino por todo lo compartido en estos casi 50 años en diferentes trincheras, pues una de las mejores experiencias de mi vida fue mi participación en algunas acciones de La Casa del Museo.

Quiero dejar constancia de que mi paso por La Casa del Museo no sólo me hizo mejor persona, sino que realmente cambió mi percepción de la vida y de la naturaleza humana. Me permitió comprender y aprender a vivir con sencillez y alegría; a valorar la importancia de compartir lo poco o lo mucho con quienes carecían de lo más elemental, que vivían en condiciones por demás precarias y que, gracias a Mario Vázquez y a la creación de tan importante proyecto social, tuvieron la posibilidad de integrar a sus vidas una ventana al conocimiento de su pasado, mediante las colecciones del Museo Nacional de Antropología, amén del disfrute que les proporcionaron las distintas actividades de esparcimiento que se establecieron para acompañar las exposiciones que se montaban.

PRESENTACIÓN

A continuación, y tratando de utilizar la estructura de una de las manifestaciones artísticas a la que estuvo muy ligado nuestro personaje y que, sin duda, fue uno de los recursos que siempre incorporó en sus creaciones, me atrevo a presentar en varios actos el proceso de desarrollo de La Casa del Museo, desde que Mario la concibió.

ACTO PRIMERO: DEFINICIÓN DEL PROYECTO

Hacia 1970 se inició el gran debate sobre el carácter de los museos y su función social, ya que una gran mayoría de éstos se había convertido en lugares poco atractivos para el público mayoritario. Algunos de los museos del mundo analizaron críticamente su institucionalidad, sus rasgos muchas veces clasistas y hasta sus posibles formas de imposición cultural sobre algunos pueblos, y lo que sí determinaron como una preocupación común fue la necesidad imperiosa de encontrar soluciones que permitieran resolver tal problemática.

El Museo Nacional de Antropología de la ciudad de México, a pesar de haber sido uno de los recintos más dinámicos del mundo, no escapó a la inquietud de querer solucionar la crisis por la que atravesaban las instituciones museísticas y se decidió por analizar su propia realidad por medio de un estudio sobre los visitantes nacionales, de donde se desprende que al museo asistían sobre todo escolares, estudiantes, profesionistas, turistas –sobre todo extranjeros–

y no asistían –o lo hacían poco– obreros, empleados, amas de casa, etcétera.

Con los resultados del estudio se puso de manifiesto que la ausencia de los grupos sociales se podría atribuir a problemas profundos en el sistema educativo y a la compleja estructura cultural del país y que, quizá, la información al público era escasa o estaba mal dirigida, o que la monumentalidad de sus instalaciones posiblemente intimidara a un cierto sector de la población. En fin, tal vez se debiera al vínculo entre el museo y sus visitantes, cuya comunidad pretendía ser nacional.

De ahí que Mario Vázquez se enfrentara a este desafío e ideara la forma en que el Museo Nacional de Antropología se convirtiera en precursor para la solución de estos problemas. De tal suerte, propuso la creación de un proyecto experimental al que le dio el nombre de La Casa del Museo, con la intención de dirigirse a las áreas marginadas de la zona metropolitana del Distrito Federal, a modo de probar y recoger experiencias que regresaran y se aplicaran en el Museo Nacional de Antropología y, en un futuro, ¿por qué no?, en otros museos.

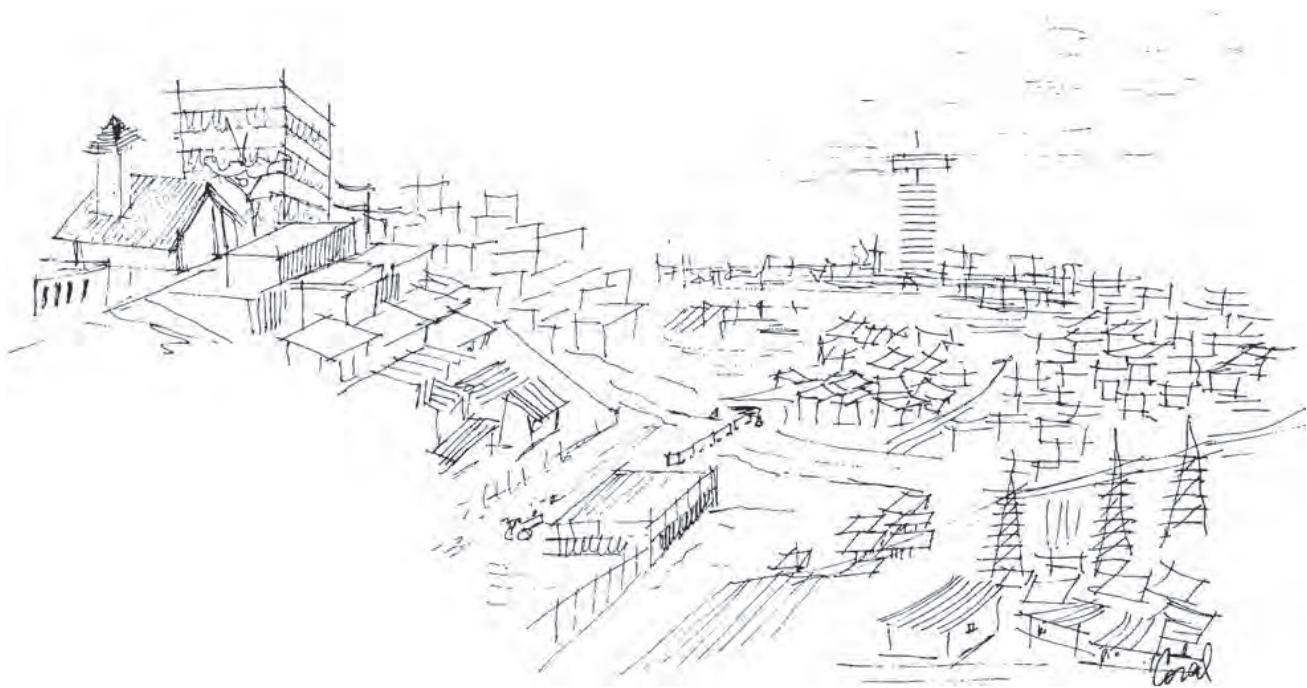
Por fortuna, la idea de Mario Vázquez fue acogida con gran entusiasmo por el doctor Guillermo Bonfil Batalla, entonces director general del Instituto Nacional de Antropología e Historia, quien incluso participó al brindar su asesoría en las charlas preliminares que se tuvieron con un grupo de connotados especialistas, entre los que recuerdo que estuvieron el economista Sergio de la Peña y el sociólogo y demógrafo Raúl Benítez Zenteno.

Del intercambio de ideas surgieron las líneas generales que fundamentarían los objetivos del proyecto, al establecerse que:

- La Casa del Museo trabaje para integrarse en la vida cotidiana de su comunidad, poniendo el pasado en función del presente.
- La Casa del Museo busque sensibilizar a la población para que sea ésta la que decida la forma en que “el museo” ha de hacer acto de presencia en su comunidad, para provocar, crear y desarrollar nuevas tácticas y conceptos de museografía y museología, que permitan romper las estructuras muchas veces burocráticas, elitistas o rígidas de los museos.
- La Casa del Museo persiga promover cambios de actitud dentro de la población de la capital del país, respecto a sí misma, en cuanto a comunidad y respecto al Museo Nacional de Antropología.

ACTO SEGUNDO: BÚSQUEDA Y CREACIÓN DE UN TIPO INTERDISCIPLINARIO

Una vez establecidos los objetivos de este proyecto experimental, el museógrafo Mario Vázquez se dio a la tarea de conformar un equipo interdisciplinario en el que estuvieran representados la antropología, la arquitectura, el urbanis-



PUNTO DE PARTIDA DE LA CASA DEL MUSEO - LA ZONA OBSERVATORIO -

Punto de partida de La Casa del Museo: la zona de Observatorio **Ilustración** © Coral Ordóñez. Cortesía del Museo Nacional de Antropología

mo, la museología y la pedagogía, de modo que permitieran delinear y fundamentar principios básicos en los campos y disciplinas de investigación y aplicación en beneficio de la sociedad, tomando al museo como pilar, para colaborar al exponer los problemas críticos de la sociedad y buscar soluciones. En su funcionamiento, esta unidad experimental propuso interrelacionar las áreas básicas del proyecto: investigación, museografía, promoción, difusión y administración.

ACTO TERCERO: EXPRESIÓN FUNDAMENTAL DE LA CASA DEL MUSEO

La Casa del Museo se expresaría con medios museográficos mediante exposiciones temporales y hasta efímeras, dispuestas en un local cualquiera –de preferencia proporcionado por la comunidad– o bien a partir de exposiciones volantes montadas en una especie de parabanes fácilmente transportables para su exhibición, incluso en cualquier calle. Así también se podría elegir presentarlas a partir de un sistema de módulos de planta hexagonal, contruidos con materiales ligeros, cuyo sistema hace factible cambiar la distribución o el tamaño mediante la simple adición o retiro de los módulos, atinadamente diseñados por la arquitecta urbanista Coral Ordóñez

García, quien además fue elegida por Mario como coordinadora del proyecto, al que él dio vida y además dirigió.

Hago aquí un paréntesis para comentar lo siguiente: de la bitácora que a base de caricaturas y con gran acierto dibujó Coral, llevando un registro casi cotidiano de las acciones emprendidas, he tomado algunas de las incluidas aquí para que a manera de viñetas ilustren este relato, y como un homenaje que, en ausencia, ella de seguro habría querido hacerle a nuestro queridísimo Mario.

La Casa del Museo, a pesar de no contar con colecciones propias, ofrecería la exhibición de objetos que le facilitarían en préstamo el Museo Nacional de Antropología, otros museos o los que la propia comunidad aportara. Allí se exhibirían tanto réplicas como piezas originales y, a diferencia de otros recintos, con la susceptibilidad de ser tocadas y manipuladas. Igualmente se diseñarían juegos didácticos para que los visitantes participaran de modo activo en las exposiciones, pasando en ocasiones a ser sujetos-objetos.

Las actividades de extensión que acompañarían a las exposiciones serían diversas: charlas o conferencias ilustradas con el apoyo de materiales audiovisuales o la exhibición de películas, representaciones teatrales, recitales de música y



La zona de Observatorio hacia 1973 **Fotografía** © Cortesía del Museo Nacional de Antropología, Gliserio Castañeda

danza, talleres de corta duración, visitas guiadas a escolares, cursos de capacitación a los maestros de las escuelas de la zona, a fin de que las exposiciones se utilizaran como apoyo para su programa educativo.

Y la promoción de las distintas actividades se realizaría mediante la distribución de volantes y carteles, visitando las escuelas de la comunidad, de casa en casa, o bien mediante un periódico mural y altoparlantes que, a manera de merolicos, hicieran llegar los avisos a todos sus miembros.

ACTO CUARTO: PRIMERA EXPERIENCIA: OBSERVATORIO

La zona de Observatorio, al poniente de la ciudad de México, se escogió debido a la heterogeneidad que a simple vista presentaba en cuanto a los diferentes niveles sociales, económicos y culturales, organización familiar, ocupación, problemas e intereses y la carencia de servicios –sobre todo en las colonias más pobres, entre las que se encontraba La Marranera–. Éste fue el lugar donde La Casa del Museo se asentó y echó a andar el proyecto.

Las características de la población –que entonces contaba con 45 mil habitantes, de los cuales 14.5% tenía menos de cuatro años, 31.2% en edad escolar y 54.5% mayor de 15

años– en cierta medida significó un freno para las actividades de La Casa del Museo. Por eso fue menester trabajar mucho en la detección de los temas a exhibir, a modo de despertar el interés de una comunidad no participativa e interpretarlos de una manera aislada, es decir, para dárselos digeridos en exposiciones que fueron animadas con juegos o actividades sencillas y divertidas, y para que los visitantes se identificaran en su pasado histórico.

Esto se ejemplificó en *La tira de la peregrinación de los aztecas*, al describir la historia y el recorrido de este pueblo hasta la fundación de México-Tenochtitlán, muestra enfocada bajo el punto de vista de la similitud de problemas con su asentamiento como “paracaidistas” en su migración del campo a la ciudad.

También se realizó un juego a base de postales. Por medio de preguntas se observaban fotografías y se hacía un recorrido por el Distrito Federal y sus alrededores –ciudad a la que el público pertenecía a pesar de su marginalismo–. Se incorporaron temas de nutrición, con recetarios económicos y equilibrados para que, a partir de esta información se conociera el origen de los alimentos, su valor nutritivo, además de difundir las dietas prehispánicas y coloniales.



Mario Vázquez planeando La Casa del Museo con Coral Ordóñez y Beatriz Langenscheid, ca. 1973 **Fotografía** © Mario Vázquez, acervo personal

Cabe destacar que una de las exposiciones más interesantes fue aquella en que los visitantes era el propio objeto: a base de espejos que les devolvían su imagen –marcando los rasgos físicos a identificar– tomaron conciencia de su cuerpo, con lo cual se tocaron aspectos de la antropología física, la anatomía, la fisiología y la higiene.

La falta de comunicación entre los miembros de la comunidad hizo que la labor del equipo de La Casa del Museo tomara un desarrollo de promoción de las exposiciones, por medio de las escuelas y de los padres de familia y, sobre todo, a nivel individual, que fue la forma en que logramos acercarnos a la población. Fueron contadas las ocasiones en que los adultos participaron en el montaje de las exposiciones o en las actividades complementarias.

Entonces nos planteamos como necesario el análisis y la autocrítica a la labor realizada. Si bien encontramos respuestas muy satisfactorias, tuvimos que tomar en cuenta algunos aspectos que consideramos equivocados, como el hecho de que en la zona de Observatorio, La Casa del Museo hizo presencia en sí misma, con la intención de conseguir posteriormente la colaboración de la ciudadanía. Se llegó así a la conclusión de que debíamos cambiar el método y considerar que:

- La Casa del Museo, antes de implantar sus instalaciones, debía ser aceptada por la comunidad a la que buscaba integrarse.
- Debía lograr la participación de los adultos.
- El trabajo debía ser realizado en conjunto por la comunidad y La Casa del Museo, para lograr establecer un programa consecuente con los problemas, intereses y realidad del lugar.

Sin abandonar el rumbo de Observatorio, decidimos buscar otras zonas. Después de visitar el área de los tiraderos de basura de Santa Fe, Santa Cruz Meyehualco e incluso Ciudad Nezahualcóyotl, llegamos al Pedregal de Santo Domingo de los Reyes.

Se escogió esta zona, en el sur del Distrito Federal y colindante con Ciudad Universitaria, por presentar características de homogeneidad. La población tenía el mismo nivel económico, social y cultural, con pequeñas diferencias de tradición debido a sus procedencias: 80% venía de Michoacán, Guerrero, Oaxaca, el Estado de México, Tlaxcala, Puebla y Guanajuato. Sin embargo, mantenía una organización que permitía a los colonos estar en comunicación casi cotidiana. Éstos contaban con un predio habilitado para las actividades comunitarias, un salón de clases para la educación

preescolar y primaria –que luego utilizaban como área de usos múltiples–, así como otro espacio de gestión colectiva y un patio central.

A diario se reunían desde las cinco de la mañana en la fila de la leche, y la mayoría contaba con una subvención del gobierno federal para adquirirla a menor precio. Fue precisamente al aprovechar esta actividad como entramos en contacto directo con un buen número de miembros de la población, lo cual nos permitió promover nuestro proyecto, lograr la aceptación y a la postre su participación.

En esta colonia fueron muchos, por no decir todos, los intereses en común: desde la regularización de tierras y servicios, pasando por la educación de los niños y las diversiones culturales de los jóvenes, hasta la alfabetización de los adultos. Era una población participativa y orgullosa de lo que hacía. No esperaban: resolvían. Sobre todo la actitud “paternalista” era rechazada por ellos: si reciben, dan, y si dan, esperan recibir.

Desde luego que su actitud inicial fue de desconfianza. Nuestro vínculo con la comunidad empezó cuando nos relacionamos con un grupo de señoras y jóvenes. De ellos surgió la iniciativa de visitar el Museo Nacional de Antropología para comprender mejor la idea de museo y escoger por sí mismos los temas que serían de interés para su propia co-

munidad. Fueron ellos los que quisieron contar la historia de su migración y asentamiento final, para lo cual no sólo contribuyeron con los materiales fotográficos, sino que manifestaron su aprecio por participar en forma activa de ahí en adelante.

La exposición *Historia de Santo Domingo* se hizo en los muros de la escuela, utilizando como material museográfico alambres, pinzas de la ropa y cartones protegidos en bolsas de acetato para evitar su deterioro.

¡Por primera vez íbamos a la calle, al aire libre, a las bardas, al museo sin edificio!

Mario le propuso a Coral idear otro elemento de promoción para La Casa del Museo en los distintos lugares donde pretendíamos tener presencia: el mueble tipo parabán, diseñado en madera y cuya estructura contaba con unas patas centrales de acero inoxidable y con rodajas para su fácil movimiento. Incluía tanto paneles de exhibición como vitrinas y se desplegaba a lo largo de un espacio cualquiera, ya fuera en la calle o en un parque. Por eso se le dio el nombre de “gaviota”.

Esto nos fue de mucha utilidad, en especial en una nueva colonia que se conformó con las personas que ya no alcanzaron lugar en Santo Domingo y se asentaron en un predio cercano al Anahuacalli, en Coyoacán, a la que denominaron



DISCUSION EN LA BODEGA DE ARQUEOLOGIA
POR LA SELECCION DE MATERIAL



LA MUSEOGRAFIA EN LA CASA DEL MUSEO



LA ANIMACION EN LA CASA DEL MUSEO

Arriba La museografía de La Casa del Museo

Abajo Actividades de animación en La Casa del Museo

Ilustraciones © Coral Ordóñez. Cortesía del Museo Nacional de Antropología



Instalación de la museografía en La Casa del Museo **Fotografía** © Cortesía del Museo Nacional de Antropología, Gliserio Castañeda

como La Comuna Ajusco-Huayamilpas, con la que iniciamos también nuestra andadura común.

Considero que fue en el Pedregal de Santo Domingo donde el Museo Nacional de Antropología, por medio de La Casa del Museo, logró su mayor penetración. No sólo porque venían de visita al museo con regularidad, por ejemplo, las mujeres mazahuas, con la intención de sentarse en las salas de etnografía a observar e incluso copiar los diseños de los textiles, sino también porque se logró que la comunidad pidiera tener su propio módulo de La Casa del Museo, para lo cual se donó el predio en el centro neurálgico de la misma. De ahí en adelante se irían presentando las exposiciones que se iban preparando. Fue en particular enriquecedor montar cada año los altares de muertos de acuerdo con las distintas tradiciones: un año fue el grupo de michoacanas y el otro el de las oaxaqueñas, y así sucesivamente.

La Casa del Museo logró trabajar en conjunto con la comunidad. Se llevaban a cabo reuniones para decidir y desarrollar temas de exposición, formar talleres y círculos de estudio, programar y conseguir actividades de extensión —pláticas, proyecciones de películas y diapositivas, funciones de música, guiñol y teatro, visitas a museos y zonas arqueológicas y demás—, y por medio de grabaciones ir recuperan-

do la historia oral, de donde se reunió el material necesario para la formación de la investigación socioeconómica del lugar y las evaluaciones de las actividades de promoción y las museográficas.

También el contacto con otras comunidades similares provocó que los habitantes de Santo Domingo solicitaran el intercambio de exposiciones. La presentación de dibujos infantiles del Taller Arco Iris, de la comunidad Rubén Jaramillo del estado de Morelos, fue la primera exhibición en que participaron juntos La Casa del Museo y el Pedregal de Santo Domingo.

Infinidad de anécdotas quedan para compartir, pero ni el espacio ni la ocasión nos lo permiten. Doy la más grande enhorabuena a quienes, en distintas etapas de más de 70 años de vida productiva y genial, pudimos colaborar con nuestro querido profesor Mario Vázquez.

Jiutepec, Morelos, junio de 2014. ✦

* Colaboradora del proyecto de La Casa del Museo

Nota

¹ Las caricaturas de la *Bitácora de La Casa del Museo* son creación de la arquitecta urbanista Coral Ordóñez García (†).